

HISTORIAS DE ABUELAS

“MI LUCHA DE TODOS ESTOS AÑOS ES PARA QUE MIS NIETOS SEPAN SU VERDAD. POR ESO YO NO HABLO DE RESTITUCIÓN SINO DE DERECHO A LA IDENTIDAD”

EL TERRORISMO DE ESTADO SE LLEVÓ A NUEVE DE SUS FAMILIARES. ELSA SÁNCHEZ DE OESTERHELD PERDIÓ A SU MARIDO, SUS CUATRO HIJAS Y DOS NIETOS QUE DEBIERON NACER EN EL CAUTIVERIO DE SUS MADRES.

Por **Martina Noailles**

“Yo no tengo ochenta años, tengo ochocientos”, suele repetir Elsa con una manera de sintetizar la magnitud del sufrimiento que vivió hace 25 años cuando el Ejército se llevó a nueve miembros de su familia y le robó a dos de sus nietos nacidos en cautiverio. Sus palabras logran, además, describir a la perfección la dimensión de las huellas imborrables que dejaron en Elsa, pero también en la Argentina, los crímenes cometidos por el terrorismo de Estado de la última dictadura militar.

Pero fue hace ochenta años y no ochocientos, que un inmigrado español y una argentina hija de españoles se convirtieron en padres de una niña por segunda vez. Al igual que su hermana 3 años más grande que ella, Elsa nació y vivió en una casita de Núñez que la familia Sánchez debió abandonar en el '30 obligados por la crisis económica mundial y la expropiación del negocio que su papá tenía en Retiro.

Todos juntos fueron a parar a la húmeda casa de su abuelo obrero, en Palermo. “En esa época yo tenía un temperamento especial –recuerda Elsa–. No era la típica niñita femenina que jugaba con muñecas o sabía bordar, y eso preocupaba a mis padres”. Por ese motivo y porque “todo lo arreglaba a las pañas”, logró un sobrenombre algo extraño para una mujer: le decían “el torito de Mataderos”, como en aquel entonces llamaban al gran boxeador argentino Justo Suárez.

Pero cuando Elsa tenía 12 años ocurrió una tragedia que provocó un cambio en su vida. Su hermana, de 15, murió de una hepatitis fulminante y el vacío inundó la casa. Quizás sin darse cuenta, trató de imitar a su hermana para ver a sus padres menos tristes. “Generé como una doble personalidad. Aprendí a coser y a tocar el piano como ella pero cuando estaba con mis amigas era yo misma”, cuenta.

Algunos años después, la mamá de Elsa la hizo socia de un club para que se relacionara con más gente. Allí conoció a Héctor Oesterheld, quien en poco tiempo se transformaría en su marido y en el gran amor de su vida. La primera vez que lo vio en aquel club de Arquitectura quedó fascinada. “Era más grande que yo y un hombre total. De buenazo no tenía nada pero me deslumbró escucharlo”, recuerda como si el tiempo no hubiera pasado.

Aunque se recibió de geólogo la gran pasión de Héctor era escribir cuentos para niños e historietas. “Yo aprendí mucho de él. Vivi esa creatividad en mi propia casa y me formé junto a él”, dice Elsa con una inmensa satisfacción por el autor de El Eternauta.



Elsa, en Abuelas.

En poco tiempo, la familia “Conejín” –como la llamaba Héctor– creció. Cuatro niños llenaron la casa de Becar de dibujos, amigos pero, sobre todo, de mucha alegría que se borró de repente cuando la dictadura golpeó al país. Aunque Elsa no sabía demasiado, Estela, Diana, Beatriz, Marina y Héctor habían comenzado a militar algunos años antes. El reconocimiento internacional de Oesterheld no le impidió a los represores perseguir a la familia y finalmente secuestrar a todos sus miembros, uno a uno.

La primera en desaparecer fue Beatriz. Tenía tan sólo 19 años. El 19 de junio de 1976 llamó por teléfono a su mamá y la citó en la confitería Jockey Club de Martínez. Luego de ha-

blar durante casi dos horas, la joven partió hacia La Cava, la villa de San Isidro donde militaba. Nunca llegó. Dos días más tarde, un desconocido se acercó a Elsa cuando estaba por subir al tren y le dijo que Beatriz había sido secuestrada por el Ejército. Elsa fue a la Policía y a Campo de Mayo, vio a jueces y sacerdotes. El 7 de julio fue citada en la comisaría de Virreyes, donde le dijeron que su hija había muerto junto con otros cinco chicos.

Tres días antes, el 4 de julio, Elsa se enteró por los diarios que los militares habían matado en Tucumán a otra de sus hijas, Diana, de 23 años y embarazada de seis meses. Sin embargo, ni su cuerpo ni el de su compañe-

ro aparecieron. Fernando, el hijo de ambos, de tan sólo un año, fue llevado a Casa Cuna donde luego fue ubicado por sus abuelos paternos; El 27 de abril del año siguiente se encontraron a Héctor en La Plata. El escritor fue mantenido con vida, pero menos hasta diciembre, ya que el 14, dos uniformados tocaron el timbre de la casa de Elsa y le entregaron a su nieto de tres años, Martín, a quien habían secuestrado después de matar a quemarropa a su madre Estela y a su padre. Los militares llevaron al pequeño al centro clandestino donde mantenían secuestrado a su abuelo para que indicara a dónde llevar a Martín.

El día en que Estela fue asesinada,

venía de despachar una carta en la que le contaba a Elsa otra tragedia: “Mamita, Marina hace un mes que no está con nosotros”. Marina tenía 18 años y estaba embarazada de 8 meses.

Cuando los militares se llevaron a toda su familia, Elsa trabajaba como secretaria del directorio de un Banco. Mientras su marido, sus cuatro hijas y sus compañeros desaparecían, delante de su escritorio pasaban el general Albano Harguindeguy, José Alfredo Martínez de Hoz y otros de “esos grandes señores” –como los llama Elsa– ante quienes “tenía que fingir ya que mi vida también corría peligro”. Al crearse la Conadep, una de las históricas Abuelas de Plaza de Mayo, la llamó para que atestiguará que sus dos hijas, al momento de desaparecer, estaban embarazadas. “Hasta ese momento yo ni sabía que existían las Abuelas, vivía una vida tan al margen... Después de todo lo que me pasó yo quedé despietada, no quería hablar con nadie”, recuerda.

Al llegar a las desapariciones, Elsa había dejado la casa de Becar donde vivía con Héctor y durante tres años se mantuvo oculta en la casa de sus padres. Nadie sabía dónde se encontraba.

El primer testimonio acerca del horror que había vivido su familia en menos de dos años, lo dio en Bélgica donde viajó junto a su nieto Martín, de sólo 7 años, invitada por Amnesty International. Cuando regresó al país los militares todavía estaban en el gobierno. “Tenía miedo por los chicos, no por mí. Después de todo lo que me había pasado, morir o vivir era lo mismo”, rememora.

Fue entonces cuando volvió de Europa, que Abuelas se comunicó con Elsa. A partir de ese momento no estuvo tan sola. Otras mujeres, como ella, buscaban a sus nietos nacidos en centros clandestinos y arrancados de los brazos de sus mamás.

Con más fuerzas, Elsa comenzó a visitar distintas ciudades del mundo para contar lo que había ocurrido con su familia y con una Argentina arrastrada por la dictadura. En cada lugar graficaba su dolor: “Es como si la sangre dejara de pronto de circular por las venas”.

El nombre de su marido, reconocido en muchos países del planeta por sus historietas, permitió que su reclamo de justicia se oyera aún más.

Finalmente en marzo de 2001, Elsa formó parte de la “Coalicción contra la Impunidad en Argentina”, un grupo de familiares de ciudadanos alemanes y de origen alemán que presentó ante el Ministerio Federal de Justicia de Berlín una denuncia contra miembros de las Fuerzas Armadas y de Seguridad por genocidio y crímenes de lesa humanidad.

Pocos días antes de que esta nota salga publicada, desde Alemania le llegó una buena noticia: En la causa que investiga las atrocidades de Campo de Mayo se ha llegado a la certeza de que los bebés de Marina y Diana nacieron en cautiverio.

Elsa no oculta su alegría. “Mi lucha de todos estos años es para que mis nietos sepan su verdad. Por eso yo no hablo de restitución sino de derecho a la identidad”, dice y en seguida agrega “qué deseo más grande que saber dónde están mis nietos, quiénes son. Lo demás lo decidirán ellos a la vez que conozcan a su familia biológica”. Desde que los relojes se detuvieron en su casa de Becar, Elsa sigue preguntándose de qué rincón sacó fuerzas para continuar de pie. Quizás, en sus 80 recién cumplidos, se esconda el secreto que Héctor imaginó cuando convirtió a Juan Salvo en el Eternauta.